

□ Tiempo de lectura: 6 min.

En el ‘Cantar de los Cantares’ san Francisco de Sales descubre mucho más que un poema de amor: lee en él el misterio del amor de Dios por el hombre, plenamente revelado en Jesucristo. El Amado es sobre todo el Hijo, el divino Esposo que atrae hacia sí el alma, pero siempre en comunión con el Padre, origen de toda llamada, y con el Espíritu Santo, que difunde en los corazones el don de la caridad. Francisco contempla a Cristo como un “abismo de belleza”: admira su rostro, su corazón, su voz, su dulzura y su encanto irresistible. Las imágenes poéticas del Cantar se convierten así en un lenguaje de la fe y de la mística, capaz de relatar el encuentro del alma con Aquel que la ama, la llama y la arrastra en la carrera del amor.

¿Quién es el Amado del Cantar?

Para san Francisco de Sales, que sigue la línea de la interpretación alegórica y mística de este libro del Antiguo Testamento, la respuesta a la pregunta solo puede encontrarse a la luz de la plenitud de la Revelación cumplida en el Nuevo Testamento.

Cuando el doctor del amor divino lee los poemas del Cantar de los Cantares, su pensamiento y su corazón van espontáneamente a Dios y a Jesucristo, más raramente al Espíritu Santo.

A menudo, pero sobre todo en el *Tratado del amor de Dios*, llama al Esposo del Cantar simplemente Dios, a quien designa de buen grado con uno de sus atributos: la divina Majestad, el divino Creador, la divina Providencia o la divina Bondad.

En otros lugares, en particular cuando piensa más precisamente en Jesucristo, lo llama Nuestro Señor, el Salvador, el divino Amante, el divino Enamorado, el divino Redentor, el divino Pastor, el Rey del amor, el Amor de nuestros corazones, el Amigo tan amable.

Aunque Dios pueda designar normalmente a cada una de las personas de la Santísima Trinidad, la atención del autor se centra principalmente en Jesucristo, pero en relación con las otras personas de la Trinidad. La unión, o mejor dicho la

unidad, entre el Hijo y el Padre está bien expresada por el deseo del Hijo ascendido al cielo de recibir el beso del Padre:

Que me bese con los besos de su boca.

En realidad, el Hijo está siempre vuelto hacia el Padre, atento a alabarlo como solo él sabe hacer.

Jesús es la “Voz” entre todas las voces que se elevan al cielo y en la tierra para alabar a Dios Padre; la suya es única, “voz reina de todas las voces, voz en comparación con la cual las demás voces no son más que un mudo y triste silencio”.

Cristo, de hecho, ama la melodía de la gloria y de la alabanza de su Padre más que todos, “él exulta de alabanzas y bendiciones sobre todos”.

De un poema enteramente dedicado a la atracción recíproca de los amantes, uno de los versos a menudo citados por Francisco de Sales es el que expresa el ardiente deseo de la amada:

Atráeme en pos de ti,

corrерemos al olor de tus perfumes.

El Amado, que es Cristo, tiene la iniciativa de esta carrera de amor en la que arrastra a su amada, pero todo proviene en definitiva del Padre, como recuerda nuestro autor citando la declaración de Jesús: “Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae”.

El Padre atrae ciertamente a toda persona humana, pero quiere que esta corra tras el Hijo, libremente, con el apoyo de la gracia.

El amor, don del Espíritu Santo

El Espíritu Santo no es olvidado. Desde las primeras palabras del Prefacio al Tratado del amor de Dios, el autor no ha dejado de recordar que el Espíritu es el verdadero Autor del Cantar de los Cantares y que nos habla de amor a través de la boca de la Iglesia:

El Espíritu Santo enseña que los labios de la esposa divina, es decir de la Iglesia, son semejantes a la grana y al vaso que destila miel.

Para hablar de la acción del Espíritu en el corazón de los fieles, Francisco de Sales recurre a manos llenas a las imágenes del Cantar. El Espíritu Santo es el árbol de la vida que nos da el delicioso fruto del amor; es la paloma de la que toda persona consagrada puede decir:

*Mi amada paloma es toda para mí,
y yo soy toda suya.*

Los siete dones del Espíritu Santo son como las columnas de plata que sostienen la litera real de la Santa Virgen; el viento del Espíritu Santo es el viento bueno del amor divino, que sopla del mediodía y aleja el viento frío; sopla en nuestro jardín y hace salir de él perfumes abundantes; es Él quien nos da la gracia de aspirar a Él y de respirar por Él.

El amor, del que nos habla Francisco de Sales en sus comentarios, no puede ser el producto de las fuerzas naturales: es un don del Espíritu Santo que “lo da y lo difunde en nuestros corazones”.

Cuando ruego al Padre con las palabras que Jesús me ha enseñado, explica, le pido

que el fuego del Espíritu Santo “penetre hasta la médula de mi alma, a fin de que las grandes aguas de la tribulación no puedan apagar la caridad”.

¿Quién es pues el divino Amante o el divino Enamorado del Cantar de los Cantares? Sin olvidar ni al Padre ni al Espíritu Santo, el Esposo principal del que el autor quiere hablarnos es Jesucristo, el Hijo del Padre, que me habla de amor a través de su Espíritu.

Un “abismo de belleza”

“¡Oh, qué hermoso eres, Amado mío, oh, qué hermoso eres!” exclama la esposa del Cantar describiendo a su Amado. Dios es hermoso, Jesús es hermoso, la naturaleza humana es hermosa.

Recordemos que el *Tratado del amor de Dios* comienza con un capítulo dedicado a la “belleza de la naturaleza humana”, reflejo de la de Dios.

El Amado que ella admira es blanco y sonrosado – son “los colores del Esposo” – y es “escogido entre mil”.

Es luminoso como el sol al mediodía, cuando no hay sombras.

Es hermoso este Pastor, del cual el Cantar celebra el casto amor con una “púdica pastorcilla”.

Su cabeza es de oro, sin duda porque lleva una corona preciosa.

Sus rizos son como los brotes de las palmeras, cuya aparente oscuridad hace resaltar la blancura que se esconde en su interior.

Todo su rostro es hermoso y agraciado.

Sus ojos límpidos y transparentes son palomas que revelan un corazón lleno de amor.

Sus mejillas son como eras de especias.

La fuerza está en sus manos, “anilladas de jacinto”.

Sus piernas son como columnas de mármol y su paso es semejante al del ciervo y del cervatillo, los animales más ágiles y gráciles.

Jesús es la flor brotada de la Virgen, añade, el lirio entre las espinas, el árbol del deseo.

Se asemeja al manzano entre los arbustos.

Es delicioso como la uva de la viña.

Es así como “la amante sagrada dispone en los Cantos divinos, como un ejército bien ordenado, todas las perfecciones de su Esposo, una tras otra”.

El corazón del Amado

El divino Pastor es hermoso exteriormente, pero ¿qué decir de su belleza interior?

En un poema de 1598 sobre la Transfiguración, que no cita el Cantar pero está claramente inspirado en él, la belleza luminosa del corazón de Cristo es exaltada mucho más allá del esplendor exterior:

Hemos visto, Señor, este rostro tan claro,

Mil veces más claro que el hermoso sol

Cuando al mediodía brilla más fuerte

Y mira con ojo pleno el universo.

Pero, si tal es el cuerpo, cuánto más resplandeciente

La gloria de tu corazón, de tu corazón feliz

De una tal felicidad sobre cualquier otra abundante,

Que, desde su primer instante, lo hizo glorioso.

Corazón tan lleno de esplendores, que los derrama
Sobre todas sus vestiduras, que incluso ha mostrado
Tan blancas y radiantes, que una nieve tan blanca
Para mostrar a nuestros ojos el cielo no tiene el poder.

La belleza exterior brota de la belleza interior, tanto que se refleja en particular en las vestiduras del Esposo, cuyos perfumes revelan su presencia.

Del interior, es decir del corazón de este “tranquilo y pacífico Salomón”, provienen todos sus favores, mucho mejores que el vino de las consolaciones humanas y mundanas.

La contemplación de su belleza hace casi desmayar a la fiel amante:

Me he embriagado tanto y santamente emborrachado por la complacencia que he sentido en este abismo de belleza que mi alma languidece, herida por un deseo amorosamente mortal que me impulsa a alabar para siempre una bondad tan eminente.

¿Qué tiene de sorprendente si la amada lo persigue, arrastrando consigo a las doncellas? Su encanto es verdaderamente poderoso.

La voz del Amado

¿Y qué decir del encanto de su voz? “¡Oh, qué dulce es su voz!”, exclama, porque sale de los labios “sobre los que se derrama la plenitud de la gracia”.

Sus labios son como lirios: destilan mirra de dulzura; las palabras que salen de ellos son la dulzura misma; su voz derrite el corazón de quien la escucha.

Evocando la perfecta alabanza que solo el Hijo puede rendir al Padre, el autor del *Tratado del amor de Dios* exclama:

¡Oh! ¡Qué cántico del Hijo para el Padre!

Continúa dando voz al alma que exclama: “¡Eh! Lo oigo; ¡oh! la voz, la voz de mi Amado, voz reina de todas las voces, voz en comparación con la cual las demás voces no son más que un mudo y triste silencio!”.